

# Guillermo Fernández

## Poeta de plenitudes



Es la suya una poesía intimista y compartida, de búsquedas constantes y de encuentros afortunados. Plenitud es la palabra que mejor calificaría a su propia obra, y plenitudes serían sus trabajos y sus días como creador y traductor. Su trágica muerte es del todo lamentable, pero siempre dijo, con su admirado Mario Luzi: “El pensamiento de la muerte me acompaña”, y como este gran poeta florentino:

*Que muere, que nace  
ahora que un fragor de trueno agrieta  
la altura de la noche, anuncio  
repentino de primavera rompe el sueño...*

Guillermo Fernández (1932-2012) decía que para él: “La poesía es la soledad, la palabra a solas”, como justamente intituló a uno de sus libros, *La palabra a solas* (1965), impreso en la colección Pájaro Cascabel por invitación de Thelma Nava y Efraín Huerta. Un año antes había publicado en ediciones Mester, que animaba Juan José Arreola, su primer libro, *Visitaciones* (1964, poemas en prosa), aun cuando después denegaría su propio autor, según Jorge Esquinca, es de lo mejor que escribió Fernández. Después de los anteriores publicó: *La hora y el sitio* (Libros escogidos, 1973), *Bajo llave* (Katún, 1983), *El asidero en la zozobra. Antología poética*, selección y prólogo de Sandro Cohen (DBA de Jalisco, 1983), *Imágenes para una piedad*, edición preparada por Jorge Esquinca (Cuarto Menguante/U de G/ Xalli, 1991), *Exutorio* (Margen de poesía, UAM, 1992), de la

que hay una edición ampliada en el IMC, 1998. También, *Exutorio* se llamó la reunión de su obra para el Fondo de Cultura Económica, al cuidado de Hernán Bravo Varela, quien, a su vez, había preparado *Isabel Estambul Nueva Zelandia. Antología* (Filodecaballos/CONACULTA, 2003) y *Expósitos* (Nuevo León, CONARTE/Mantis Editores, 2008). Bravo Varela, inicialmente estableció que “Isabel, Estambul, Nueva Zelandia”, hermosa frase que vive en varios libros de Fernández, “es el producto de una inusual asociación de palabras hecha en la niñez. Pasado el tiempo, el imán de dicho endecasílabo correrá de un primer golpe de sonido a una compleja construcción simbólica; del paladeo de los vocablos a la ubicación del más poderoso centro de su escritura”.

Yo agregaría que Guillermo Fernández fue dueño de una voz definitiva; leal consigo mismo y con todos sus lectores: sus pares y sus nones en la vida y en el arte. De filiación clásica con entereza itálica. Fue y será preponderantemente mexicano. Por ello, Francisco Cervantes decía en una fajilla (que luego el autor de *Heridas que se alternan* retiraba): “La cita tiene lugar a la sombra de los tiempos, donde *La Hora y el Sitio* colocan las señales comprensibles al lector avisado”.

En 1910, la Secretaría de Cultura de Jalisco editó *Arca. Poesía reunida*, hasta hoy la más completa colección de su poesía, con un excelente prólogo de Jorge Esquinca, “Correo Nocturno a Guillermo Fernández”, donde se leen certeras apreciaciones, preguntándose por qué escapó de su casa desde niño: “La aventura, la poesía, ¿a ti mismo?” lo cierto es que —afirma el autor de *El cardo en la voz*—, hay una palabra que, como un arco voltaico, atraviesa tu horóscopo y señala con dulce fuego el rumbo de tus andanzas, los derroteros diversos de tu poesía: Orfandad” y prosigue retratándole:

“La Música..., sé que lo aprobarías, con mayúscula. A veces te imagino diciendo, como el pobre de Asís, ‘deseo poco y lo

poco que deseo lo deseo poco’. [Para concluir] A nombre de tus lectores te doy las gracias [...] Plenos de luminoso dolor, acicateados por un insensato Eros que no razona con las vejaciones del tiempo ni da cuartel ni entiende de distancias [...] son testimonio de una encarnación que Luis Buñuel llamó con palabras exactas *Ese oscuro objeto del deseo*.”

Fue múltiple su formación intelectual, aun cuando él mismo la negara y fulminara con diatribas terribles; pergeñara epigramas inevitables que ya reconocen destinatarios: “Que no te den gato por texto”, decía el Antimaestro, como bien le llamó Bravo Varela, así lo recordó Juan Villoro. Enzia Verduchi también lo supo ver con claridad. Fue Juan Villoro, por cierto, quien gratamente vio e imaginó a Francisco Cervantes en Querétaro, traduciendo a Pessoa, y a Fernández en Toluca, a Pavese. Recuerdo que hace muchos años Guillermo me presentó a Francisco, a quien yo admiraba por su ejemplar traducción de la “Oda Marítima” de Álvaro de Campos/Pessoa, para *Ecuador O, O’, O*, de Alejandro Finisterre, notable edición en la que participaron Álvaro Mutis y Newton Freitas. Tiempo después me entristeció que los primeros mencionados se enfadaran, por su nulidad de pulgas; en otra ocasión pude ver a los dos en el Café Córdoba, en las reuniones saba-tinas que animaban Francisco Hernández, Raúl Renán y Ernesto Lumberras, entre otros. Les saludé como Francisco Fernández y Guillermo Cervantes.

Para la revista *Tiempos de Arte* (U de G, verano de 1989), el ya mencionado Jorge Esquinca le entrevistó e intituló “La palabra es un reino misterioso”. Aquí Fernández confesaba:

La traducción que más me satisface es la que he realizado de la poesía de Mario Luzi. Tal vez más que su obra lo que me gusta de él es su posición moral. Como Cernuda, Luzi es un poeta muy difícil, es poeta para unos cuantos, para gente que sepa vibrar

en el mismo diapasón y que sepa estar ahí.  
Nada más ajeno a Luzi que el lenguaje de la tecnocracia que últimamente usan los poetas para referirse a la poesía.

Cuando apareció *En la obra del mundo*, antología de Mario Luzi (U de G, 1994) escribí para el *Periódico de Poesía* de la UNAM, que también nos encontrábamos ante Luzi/Fernández y viceversa, por tratarse de una auténtica simbiosis de poetas, ya que las de Luzi son palabras verdaderas que consignan “Los dolientes rituales de la vida”. Poesía herméticamente plena en claridad y densidades; de rotundidad y sencillez, como en Fernández. Coincido con Sandro Cohen, cuando califica “ese humor tan acerbo” que le caracterizaba, y sobre todo, con la zozobra que jamás le abandonó.

Bien lo supo ver Mariano Flores Castro, su primer antologador, para *Material de lectura*, núm. 89 de la UNAM (1981) en donde dice:

Para Guillermo Fernández el color, la textura y el volumen de cada palabra están envueltos en las leyes de un metalenguaje que no se detiene ante nada. Todo lo dice, todo lo recoge como si se tratara de joyas ardientes. La sabiduría verbal de Fernández, su dominio de las mínimas oscilaciones del significado, su incorregible vicio de la exactitud son, para el lector, auténticos paraísos donde surgen las más raras voces, los más altos frutos del tiempo fugitivo. Su mundo se complica hasta lo indecible, pero si en él se entra dispuesto a desentrañar su misterio, el que lee vive, literalmente, la experiencia luminosa de una poesía que creíamos desaparecida.

Con toda plenitud a secas y eternamente inalienable. Como inalienable fue, es y será en Fernández su relación conflictiva con todo lo religioso. Jalisciense como Juan Rulfo, Yáñez y Arreola, prácticas católicas en la infancia le imprimieron recuerdos indelebles; rezos y oraciones que musitan en su memoria: lugar común

de lo sagrado y lo profano, de lo devoto y lo incendiario. En alguna parte de *La hora y el sitio* aparece:

*Siempre que las compuertas del coito  
liberan los peces a la luz de estuario  
escucho la voz de Virgen María  
diciendo al oído palabras de amor.*

Decía “El vecino sin nombre del mundo”, y que no lo era. Por ello, para Ernesto Lumbreras: “amaba la poesía con un sentido corpóreo y religioso”; antes que otra cosa, en Fernández existía una clara inteligencia y un inmenso sentido del humor. Buen sentido del humor supone sabiduría. Así, cuando en “El poema de amor que me pediste” de *Bajo llave* (1983) se lee: “Por ti pueden ponerse en cuatro patas los versitos”, la denominación ‘versitos’ aparece en muchos otros textos suyos, cuando en realidad lo que son es *versísimos*. Versos suyos: “como el temblor luminoso del silencio”; “En nuestro incendio sólo fuimos humo” o “El tiempo silabea tu nombre al infinito”, elegidos al azar de *El asidero en la zozobra* son del todo extraordinarios y entrañables: la misma eternidad para él era un instante putrefacto.

En una memorable entrevista que le hizo José María Espinasa para *La Jornada Semanal* (17 de enero de 1993), Guillermo Fernández cuenta, entre otras cosas, que en la literatura lo inició su madre, quien le decía poemas de Juan de Dios Peza; como a los siete años sale de su casa y tiene la fortuna de encontrarse en Paracho, Michoacán, con el ingeniero Raúl Anguiano, en cuya casa lee a Dante, en versión del argentino Bartolomé Mitre. Como desde niño se aficionó a la música, ésta lo acompañó hasta la total plenitud: “Si insisto en escribir poesía es porque creo que es el arte que más se parece a la música”, decía el poeta. Adolescente, en sus primeros escritos trató de imitar a García Lorca y a Los Panchos; su amistad con Francisco Pineda y José Federico Salas le fueron inolvidables, al igual que su estancia

en Campeche, para él, la época más feliz de su vida. Casi a los treinta años elige la Ciudad de México para vivir y cuando su madre lo visita le enseña una hojita de papel descolorido, con clara letra Palmer en donde se leía: “Me voy porque esta casa no me gusta, y porque las otras casas que he visto tampoco me gustan, me voy y no voy a regresar jamás”. Y así fue. De Campeche recordaba su descubrimiento de Pablo Neruda y Huysmans; de la Ciudad de México, su amistad profunda con Efraín Huerta y Carlos Pellicer, de este enorme poeta tabasqueño seleccionó su *Primera antología poética*, en 1969, para la Colección Popular del Fondo de Cultura Económica, con prólogos de José Alvarado, Gabriel Zaid y el propio Guillermo. También en Fernández fueron decisivas las lecturas de Hölderlin y los románticos alemanes; los simbolistas franceses y la gran lección, ya para siempre, de Luis Cernuda, poeta capital en toda su existencia, Fernández empezó a publicar al mismo tiempo que Montes de Oca, Aridjis, Deniz, José Carlos Becerra y Francisco Cervantes, inexplicablemente lo dejaron fuera de *Poesía en movimiento* (1966).

Ernesto Lumbreras ha escrito algo de lo más puntual y preciso sobre Guillermo Fernández: Escéptico y mordaz de sus posibles méritos poéticos, fue su principal saboteador; nunca lo vimos en faenas de autopromoción, ni en pasarelas o en caravanas en honor de los popes de nuestra literatura [...] Reacio a todo reconocimiento recibió, sin embargo, en 1997, la Orden al Mérito de la República Italiana, en grado de Caballero. “Esa corcholata” sí lo hizo feliz y nos la mostraba a sus amigos, con una risa de niño aplicado y orgulloso de su proeza.

Y concluye Lumbreras:

Huérfanos quedamos de su amistad y de sus complicidades. Las manos cobarde que lo ataron, lo amordazaron y lo

golpearon con saña se aferrarán tarde o temprano a los barrotes de la prisión.

Recientemente, Marco Antonio Campos, con toda brillantez escribió “Palabras para recordar a Guillermo Fernández” en *La Jornada Semanal* (20 de mayo del 2012). Aquí nos recuerda que “La traducción fue el principal oficio del cual vivía, y en ocasiones dignamente sobrevivía”; en efecto, tradujo a Bocaccio, Pietro Aretino, Guicciardini, Leopardi, Lampedusa, Pavese, Montale, Ungaretti, Quasimodo, Svevo, Saba y Penna, entre muchos otros. Campos también le da las gracias: “Guillermo, por tu mano generosa por las que tantos te debieron y te debimos tanto, por tu modestia sin fisuras por la belleza de tu poesía, y porque sin tu trabajo Italia estaría mucho más lejos de México”, y le desea que la tierra le sea leve para siempre.

Entre sus lecturas fundamentales, Guillermo siempre fue fiel a San Juan de la Cruz, Vladimir Holan, Yehuda Amichai y O. W. Milosz. De su propia generación y en general de la poesía mexicana decía que se insertaba de “forma anómala”, prefería a las nuevas generaciones, quienes lo antologaron y rescataron; siempre citó a Eugenio Montale con aquello de: “que prisa tiene el poeta para integrarse a un sistema que naturalmente le rechaza”. Íntegro en vida y obra, dueño de traducciones ejemplares, Guillermo Fernández vivirá en la plenitud que ya le pertenece.

*Un río donde tanto se desune LC*

JORGE DE LA LUZ. Poeta y editor. Realizó estudios de Filología Hispánica en Madrid, España, e Historia del Arte en Florencia, Italia. Exbecario del INBA y del Centro Mexicano de Escritores. Ha publicado poesía: *Transfiguración* (UAEM, 2000) y *Soles de noche, Sonetos para Ana* (La Hoja Murmurante, 2010). Colabora para diversas revistas nacionales y extranjeras, entre ellas *La Colmena*.